

SANTO DOMINGO Y LA MODERNIDAD

Mons. Ricardo Ramírez, C.S.B.
Obispo de Las Cruces, Nuevo México

XX Encuentro de CEHILA
Asunción, Paraguay
octubre de 1993

SANTO DOMINGO Y LA MODERNIDAD

I. PERSPECTIVA DE ESTA REFLEXIÓN

Quiero en primer lugar darle las gracias a los organizadores de estas conferencias por haberme invitado para hacer esta reflexión. Al mismo tiempo quiero darles las gracias a todos Uds., hermanos y hermanas de Latinoamérica por lo que significan como Iglesia para nosotros en los Estados Unidos de Norteamérica. En nombre de los obispos de E.U.A. les quiero agradecer por la inspiración que hemos recibido de la Iglesia de América Latina en los últimos veinticinco años. Nuestros documentos sobre la paz y sobre la economía fueron inspirados en gran parte por el pueblo y los obispos de la Iglesia al sur de nosotros.

Aparte de asistir a la inauguración de la IV Conferencia en Santo Domingo, no tuve el privilegio de asistir a los debates ni siquiera estar en la ciudad durante los eventos. Entiendo que a mí me toca dar una reflexión pastoralista desde la perspectiva de un obispo que siguió los eventos de Santo Domingo desde lejos. Sin embargo, hubo un interés grande en Norteamérica sobre la IV Conferencia, puesto que se trataba de un momento en la historia que tenía el potencial de afectar la trayectoria de la Iglesia -- y no solo en América Latina -- por muchos años en el futuro¹. Además, mi diócesis es una de aquellas que está situada en la frontera con México, y por esa localidad geográfica, somos afectados por cualquier evento significativo que sucede al sur de nosotros.

Se me ha asignado un tema que nos afecta a todos, norte y sur, y valdría la pena también reflexionar este tema desde nuestra perspectiva estadounidense. Pues el tema de la modernidad afecta toda la pastoral, si entendemos la pastoral como el acercamiento de la Iglesia en su tarea evangelizadora de llevar la buena nueva al mundo. El evangelio nunca se anuncia en un vacío, siempre se anuncia dentro de contextos culturales. Si la pastoral quiere decir hablar en el lenguaje, símbolos y acciones que el mundo entienda, entonces tenemos que comprender por

donde va el mundo, cuales son sus intereses y necesidades. Si la pastoral es el intento de servir en lo que humanamente se ofrezca, la Iglesia servidora tendrá que discernir los signos y eventos de los tiempos. Solo así podrá responder a la vida real y a situaciones concretas que afectan al puebloⁱⁱ.

II. PUNTOS GENERALES SOBRE LA MODERNIDAD

La modernidad se podría definir como el sueño utópico de la libertad y el progreso logrados de manera mecanística y autónomaⁱⁱⁱ. Es una palabra usada para explicar la evolución experimentada en los últimos siglos en las sociedades del mundo occidental, en el hemisferio norte y que actualmente invade, poco a poco, al mundo en su totalidad^{iv}. La modernidad es la configuración propia de nuestras sociedades en el momento presente. Para algunos, la modernidad es el "mayor desafío" que haya encontrado la Iglesia en el curso de su historia. Pues esta nueva sociedad ya no está fundamentada en la religión, como el corazón de la actividad humana. Es una sociedad que se construye por parte del hombre y de sus necesidades.

El fenómeno de la modernidad empieza en el siglo dieciocho con el surgimiento de la ciencia y la edad del "descubrimiento". La modernidad encontró su expresión en la edad de la ilustración europea; según la modernidad, la ciencia, la razón y los procedimientos democráticos asegurarían el progreso humano. La verificación del optimismo modernista se veía en el desenvolvimiento de la revolución industrial en el cual ocurrió un reajuste de valores debido al cambio experimentado cuando los centros urbanos reemplazaron en gran parte a la sociedad rural. Con estos cambios, muchas instituciones reemplazaron funciones que anteriormente pertenecían al dominio de la familia.

A la modernidad se le atribuyen múltiples resultados negativos: la desintegración de la familia, el desprestigio del trabajo humano, la proliferación de armas, el impacto deshumanizante de los medios masivos de la comunicación, la violencia doméstica, urbana y rural, la avaricia, el

afán por el prestigio y el poder, el daño al medio ambiente y a la ecología -- todos estos son efectos y a la vez síntomas del problema fundamental en la sociedad actual: el reto de la modernidad.

Desde la primera guerra mundial las esperanzas y el optimismo que marcaban la modernidad han sido cuestionadas. ¿Cómo se puede mantener el optimismo moderno bajo la sombra de la segunda guerra mundial, el holocausto, Vietnam, Watergate, asesinatos de líderes mundiales, las agonías en este siglo en Centroamérica, guerrillas entre tribus, el terrorismo y la "limpia étnica"? Entra entonces un cierto cinismo hacia los éxitos ambiguos de la ciencia y de la razón tecnológica. Ahora vemos con toda claridad los efectos destructivos del colonialismo, el nacionalismo y el paternalismo, factores claves en el fenómeno de la modernidad.

Tienen razón los que dicen que ahora estamos en la coyuntura de la post-modernidad. Esta post-modernidad se está desarrollando en nuestro pensamiento. Es difícil definir el momento en el que nos encontramos, pues es difícil "ver el bosque por los árboles." Es más fácil examinar sus características.

Estamos en una época marcada por los medios instantáneos de la comunicación. Es el mundo de "C.N.N.", del fax, del modem y de "word perfect". El estilo de esta edad post-moderna es afectada a cada instante por la acumulación de la información a través de la tecnología de la computación. Parece ser indispensable comunicar y ser comunicado sobre todo lo que sucede en cada rincón del planeta. Los medios masivos de comunicación hacen posible que estemos en contacto unos con los otros constantemente. Algunos sectores, como por ejemplo el mundo de los negociantes, han creado una nueva red mundial, una cultura con su lenguaje y valores propios. Esa red trasciende el alcance de las políticas internacionales y pensamientos ideológicos. Lo que une a esa red de negociantes es el afán del lucro.

Es una época en que reconocemos que la tecnología nos controla y que a pesar de que hemos avanzado increíblemente en lo tecnológico, no hemos podido conocer como avanzar la humanización del comportamiento de la persona. Sabemos mucho más de la tecnología que de los seres humanos. Ahora no esperamos que la ciencia y la razón por sí mismas le den el significado a las culturas y a la vida humana misma.

En esta era post-moderna existe una cierta ilusión de crear, si no una sociedad perfecta, por lo menos crear cosas perfectas. La tecnología actual nos permite pensar que sí se podrá crear el automóvil perfecto, el avión perfecto, productos agricultores perfectos, inclusive cartas perfectas. El símbolo de esta nueva época tiene que ser el programa de computación llamado, "word perfect".

En un mundo en que movimientos religiosos -- entre ellos algunos de tipo fundamentalista -- afectan el proceso de la historia social y política, no se puede separar la religión de eventos que dramática e indeleblemente afectan grandes sectores del planeta. Mucho de lo que sucede de impacto mundial, se debe a inspiraciones y tradiciones religiosas. Es cierto que no se llevan a cabo guerras precisamente religiosas, siempre entran intereses políticos y económicos cuando hacen guerra unos grupos religiosos contra otros. Lo que hay que notar es que la modernidad no ha borrado la fuerza de las inspiraciones religiosas; la religión seguirá siendo un factor en el proceso de la historia.

III. CONEXIÓN ENTRE LA MODERNIDAD Y SANTO DOMINGO

El documento final de Santo Domingo trata el tema de la modernidad y temas relacionados en los números 228 al 286^v. El contexto es la evangelización de la cultura, uno de los temas principales de la IV Conferencia. Tanto la modernidad como la post-modernidad son vistas en el documento como "espacio abierto a la trascendencia" (252). Al mismo tiempo se reconoce que

estos presentan "serios desafíos" a la evangelización de la cultura. El número 230 sobre la inculturación parece abrir el camino para un diálogo creativo entre la cultura y la religión cristiana. En verdad esta sección del documento parece ser una de las reflexiones más novedosas, en especial su trato de las culturas, los indígenas, los afro-americanos, los mestizos, la cultura de la ciudad y el tema de la inculturación^{vi}. Este último introduce el reconocimiento de "nuevos valores" en la cultura actual que coinciden con el mensaje de Cristo.

La línea pastoral señalada en el número 254 podría ser la respuesta más adecuada que la Iglesia debería tomar ante el gran desafío de la modernidad y la post-modernidad. Está de acuerdo con el Concilio Vaticano Segundo en Gaudium et Spes en que los padres del concilio ponen la Iglesia al servicio del mundo y abren las posibilidades de dialogar con ese mismo mundo. Sin embargo este diálogo es sumamente difícil de entablar.

La cultura de los Estados Unidos es conducida por la ciencia y la tecnología. Estas son las influencias predominantes en nuestro país. Con esto en mente, se ha organizado un comité especial de obispos dentro de la estructura de la Conferencia Nacional (N.C.C.B) para entablar un diálogo entre obispos y teólogos, filósofos y científicos. Se llama el Comité Episcopal de la Ciencia y los Valores Humanos. En abril del presente, se convocó un simposio en la Universidad de Notre Dame. Fue auspiciado por el Observatorio Vaticano, el Comité de Obispos, y la Universidad de Notre Dame. Asistieron 250 participantes con el intento de responder a la cuestión: "¿Existirá una epistemología en las ciencias que se aproxime a la epistemología de la teología y de la espiritualidad?" En otras palabras, ¿Será posible hablarse la ciencia y la fe?^{vii} Después de escucharse los científicos a los teólogos y vice versa, se llegó a la conclusión de que no es posible que se entiendan unos a otros, pues tanto la ciencia como la teología tiene su propia epistemología, y no es posible una sola.

A pesar de la conclusión negativa, los participantes también llegaron a la conclusión de que los teólogos tendrían que reflexionar más sobre la ciencia y, por su lado, los filósofos necesitan ayudar a facilitar el discurso entre la ciencia y la teología.

El Comité de Obispos sobre la Ciencia y Valores Humanos también tuvo una reunión con la Academia Nacional de las Ciencias (The National Academy of Sciences) para dialogar sobre temas sobre la moral y la ética en torno a áreas como DNA, el medio ambiente y los trasplantes. Participaron también la Royal Society of England y miembros de la Academia Pontificia de las Ciencias. Se estudió el documento presentado por el Vaticano en la reunión cumbre sobre el medio ambiente en Brasil. Los científicos aceptaron casi toda la moralidad católica presentada por los obispos con excepción de la moralidad sobre los medios artificiales de la anti-concepción.

Estas reuniones son de suma importancia. Los obispos informan que han notado un cambio notable de parte de los científicos; hay apertura entre ellos a lo que la teología moral tiene que decir sobre temas científicos actuales.

Estas iniciativas de diálogo tendrían que repetirse en otras áreas. La sociedad post-moderna a primera vista no le interesa la religión, su lógica primordial es la del hombre, de la economía y de la política. Es importante que la Iglesia se haga presente en esa sociedad ("aunque no somos del mundo, estamos en el mundo" [Jn. 17, 14-15], y "tanto amó Dios al mundo, que envió a su único Hijo" [Jn. 3, 16]). La nueva evangelización no debe de convertir a la Iglesia en una secta, no caigamos en la sacralización de nuestras instituciones ni cerremos nuestro corazón al Espíritu en el mundo^{viii}.

Tanto los historiadores de la Iglesia como los teólogos de la moral y espiritualidad cristiana tienen un papel importantísimo que jugar en los diálogos que se deban llevar a cabo. Los

historiadores son llamados a recordarnos lo bueno que ha hecho la Iglesia en el pasado para humanizar y elevar el mundo, como ha participado en su redención en todos sus aspectos, y como ha fallado en el verdadero progreso humano.

Ciertamente, la Iglesia tiene mucho que ofrecer a esta época post-moderna. Los mismos científicos y tecnólogos van cayendo en la cuenta que ni la tecnología ni la ciencia han resuelto los problemas fundamentales que afectan a los seres humanos. La modernidad y la post-modernidad habrán logrado el manejo de las cosas, pero no han podido ayudarnos a comportarnos mejor como seres humanos, respetando la dignidad humana y la colaboración por el bien común. Estamos todos en una perplejidad profunda al no poder resolver lo negativo de esta época: la injusticia, el individualismo, el racismo, el sexismo, y toda clase de abuso y explotación de unos sectores a otros^{ix}.

La Iglesia en su historia puede aportar lo que los santos nos enseñan. Los santos, especialmente los místicos como Santa Teresa de Avila y San Juan de la Cruz, tuvieron profundos conocimientos sobre la naturaleza humana. Muchos otros tienen bastante que aportar en cuanto a la vida humana y las relaciones entre los seres humanos. Al mismo tiempo, los fundadores de los movimientos monásticos y conventuales tienen mucho que ofrecer.

Se puede notar que la proliferación de las sectas y los movimientos fundamentalistas dentro de las religiones se deben a que la post-modernidad ha creado mucha confusión en el mundo. La gente se ve controlada por fuerzas misteriosas y buscan soluciones sencillas sobre el significado de sus vidas y hasta aceptan nuevos shamanes y gurús que les dicten su comportamiento moral de una manera paternalista y dictadora. En los Estados Unidos, abundan este tipo de sectas fundamentalistas. La Iglesia tiene mucho más que ofrecer.

La Iglesia hablará con mayor elocuencia y con convicción, cuando no solamente hable con las palabras que elevan el espíritu humano sino también con sus acciones que muestran el espíritu de Jesucristo y que a veces será caracterizado por una cierta "contra-cultura". La manera de vivir de los cristianos y la manera de administrar nuestras instituciones hablará mucho más que documentos que podrían escribir obispos de cualquier continente.

Desde la perspectiva nortamericana, la Iglesia de América Latina sigue siendo una gran luz entre las tinieblas de nuestra época. Los felicito a los obispos que se reunieron en Santo Domingo y a todos los teólogos que les ayudaron, porque aunque faltó mucho para que fuera una reunión ideal, pudieron trascender las diferencias en el pensar para reafirmar una vez más las corrientes del espíritu que empezaron desde Medellín y siguieron a través de Puebla hasta llegar a Santo Domingo. Para nosotros en los Estados Unidos, ustedes en la Iglesia de América Latina siguen en la línea del Vaticano Segundo y de Medellín^x. Muchas gracias.

NOTAS FINALES

- i. Thomas E. Quigley, Discurso llamado "The Church in Latin America" 15 de julio de 1993 y Dean Peerman, "CELAM IV: Maneuvering and Marking Time in Santo Domingo", Christian Century, 17 de febrero de 1993, pág. 180-185.
- ii. Rafael Landerreche, "La Cruz Plantada en América (Reflexiones sobre el Documento Final de Santo Domingo)", Cencos, octubre-noviembre, 1992, pág. 30.
- iii. Joe Holland, "Family, Work, and Culture, Strategic Themes for Catholic Spirituality in the Crisis of Modernity", pág. 1.
- iv. Manfredo Araujo de Oliveira, "La Modernidad en América Latina", Christus, mayo, 1993, pág. 20.
- v. Documento Aprobado de la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano, 1992, pág. 143-165.
- vi. Pablo Richard, "La Iglesia Católica Después de Santo Domingo", Cencos, enero, 1993, pág. 26-36.
- vii. Mons. William B. Friend, Obispo de Shreveport, Louisiana, "Pastoral Perspectives on Science and Religion", abril, 1993.
- viii. Pedro Trigo, "La Asamblea y el Documento", Christus, marzo-abril, 1993, pág. 59, y Enrique Marroquín, "Evangelización de las Culturas", Christus, octubre, 1991, pág. 27.
- ix. James J. Bacik, "The Practice of Priesthood: Working Through Today's Tensions", Church, Fall, 1993, pág. 6.
- x. Thomas E. Quigley, Discurso llamado "The Church in Latin America", 15 de julio de 1993.